

De Aun desde la plenitud

GERARDO LINO

Si el craso mineral no sufre de deseo,
ha de ser por su nula materia degradada
con estados de conciencia o vis espiritual
de intrincados enlaces neuronales;
tan lejos su malicia está de aquella
nánica porción con la que hubiere
sido de pelo a uña, por delante y por atrás,
de adentro afuera, entero en su desgracia.

Después de renunciar a sus instintos
por una idea tan noble y asaz digna
de tántas sublimaciones consistentes
en cuidar cual ídolo su cuerpo,
cual templo venerarlo, guardar
el fuego con aceite hasta morir;
después de estar parada en los rituales
para refocilamiento de la diosa sola,
se dispone la vestal a ser bacante
aun con riesgo de perder su nombradía.

Si a despecho de florestas y lagunas
prestigiadas por románticos ociosos,
pintores, novelistas o sirvientes
de altivos mecenazgos honorables,
por, incluso, libertinos ilustrados,
se consuela con el sátiro la ninfa,
tal vez será que en sus boscajes
hasta la coronilla se hartó de languideces.

Inmóvil en su plétora de ser,
aburrido de mover sin ser movido,
lleno de sí pero jamás sitiado,
quiere sentirse bestia el espíritu perfecto,
absurdo de cuantos atributos
le atribuyan sus criaturas, y mirando

cuánto y tánto se solazan a pesar
de sus trágicos designios insondables;
sin que se advierta, y tan siquiera un rato.

Vaya: hasta el más feliz de los felices,
consciente o inconsciente en su idiotez,
sale de su edén, ahíto de odaliscas,
a ensayar la monocordia, el fute
de una matrona pecuniaria; sale
de su castillo a que lo rija, sádica,
una putilla de rubor de a peso,
o abjura sus haberes mendicante,
para probar, por si alguna falta hiciere,
que aun desde la plenitud se sueña en otra cara.

Pero no; la piedra multiforme —diamante
o silicato—, aparte de servir a lo que sirve
y ser nada más de lo que es —qué envidia—,
sólo es objeto
de trasmutaciones industriales, sesudas
metafísicas, inevitables despotismos
de poetas y habituales deseos
de cual más animal superior
—qué va a sufrir.